

ESTOY acostada en la misma cama donde murió mi madre hace cuarenta y tres años, sobre el mismo colchón; bajo la misma cobija de lana negra con la cual nos tapábamos los dos para dormir. Entonces yo dormía a su lado, en un lugarcito que ella me hacía debajo de sus brazos.

Creo sentir todavía el golpe pausado de su respiración; las palpitaciones y suspiros con que ella arrullaba mi sueño... Creo sentir la pena de su muerte.

Pero esto es falso.

Estoy aquí, boca arriba, pensando en aquel tiempo. Tratando de hacerlo para olvidar mi soledad. Porque no estoy acostada solo por un rato. Y no en la cama de mi madre, sino dentro de un cajón negro como el que se usa para enterrar a los muertos. Porque estoy muerta.

Siento el lugar en que estoy y pienso.

Pienso cuando maduraban los limones. En el viento de febrero que rompía los tallos de los helechos, cubiertos de retoños, antes que el abandono los secase; los limones maduros que llenaban con su olor ácido el viejo patio.

El viento bajaba de las montañas en las mañanas de febrero. Y las nubes se quedaban allá arriba, detenidas, esperando el tiempo bueno de bajar al valle; mientras tanto dejaban vacío el cielo azul, dejaban que la luz cayera en el juego del viento haciendo círculos sobre la tierra, removiendo el polvo y batiendo las ramas del viejo naranjo.

Y los gorriones reían; picoteaban las hojas que el aire hacía caer y reían; dejaban entre las espinas de las azaleas sus plumas y perseguían a las mariposas rompiéndoles las alas. Era esa época.

En febrero, cuando las mañanas estaban llenas de viento, de gorriones y de luz azul. Me acuerdo.

Mi madre murió entonces.

Que yo debía haber gritado; que mi llanto debía haber empapado las paredes; que mis manos tenían que haberse hecho pedazos estrujando su desesperación. Así hubieras tú querido que fuese. ¿Pero acaso no era alegre la mañana? Por la puerta abierta entraba el aire, quebrando las guías de la yedra, sacudiendo las flores blancas de los arrayanes. En mis piernas comenzaba a crecer el vello entre las venas, y mis manos temblaban tibias al tocar mis senos. Los gorriones jugaban. En las lomas se mecía el trigo. Me dió

lástima que ella ya no volviera a ver el trigo ni el juego del viento en los jalmes; que cerrara los ojos a la luz de los días. ¿Pero por qué iba a llorar? El llanto no se desperdicia en vano.

¿Te acuerdas, Justina? Pusiste las si-

Y tus sillas se quedaron vacías durante un día y medio hasta que fuimos a enterrarla, con aquellos hombres alquilados, sudando por un peso extraño, ajenos a cualquier pena, cerrando la sepultura con arena mojada; bajando el cajón

## FRAGMENTO DE LA NOVELA

# LOS

# MURMULLOS

Por Juan RULFO

llas a lo largo del corredor para que la gente que viniera a verla, esperara su turno. Estuvieron vacías. Y mi madre sola, en medio de los cirios; su cara pálida y sus dientes blancos asomándose apenas entre sus labios morados, endurecidos por la amoratada muerte. Sus pestañas ya quietas y quieto ya el resuello. Tú y yo, allí rezando rezos interminables, sin que ella oyera nada, sin que tú ni yo, oyéramos nada, todo perdido en la sonoridad del viento debajo de la noche.

Planchaste su vestido negro, almidonando el cuello y los puños de sus mangas para que sus manos se vieran nuevas, cruzadas sobre su pecho muerto; su viejo pecho amoroso sobre el que dormí en un tiempo y que me dió de comer y que palpité para arrullar mis sueños.

Y nadie vino a verla. Así estuvo mejor. La muerte no se reparte como si fuera un bien. Nadie anda buscando tristezas.

Estaban madurando los limones.

Tocaron la aldaba de la puerta. Tú saliste.

—Ve tú, te dije. Yo veo borrosa la cara de la gente. ¿Qué vienen por el dinero de las misas gregorianas? Ella no dejó ningún dinero. Díselos, Justina. Y has que se vayan. ¿Qué no saldrá del purgatorio si no le rezan esas misas? ¿Quiénes son ellos para hacer la justicia, Justina? ¿Dices que estoy loca? Está bien, has lo que quieras.

con la paciencia de su oficio, bajo el aire que les refrescaba su esfuerzo. Sus ojos fríos, indiferentes.

Dijeron: "Es tanto". Y tú les pagaste, como quien compra una cosa, desdoblado tu pañuelo húmedo de lágrimas, exprimido y vuelto a exprimir y ahora conteniendo el dinero de los funerales...

Y cuando ellos se fueron, te arrodillaste en el lugar donde había quedado su cara y besaste la tierra y podías haber abierto un agujero hasta ella si yo no te hubiera dicho: "Vámonos, Justina, ella está en otra parte, aquí no hay más que una cosa muerta."

—¿Eres tú la que has dicho todo eso, Dorotea?

—¿Quién, yo? No. Me quedé dormida un rato. ¿Te siguen asustando?

—Oí a alguien que hablaba. Una voz de mujer. Creí que eras tú.

—¿Voz de mujer? ¿Creíste que era yo? Ha de ser la que habla sola. La de la sepultura grande. Doña Susanita. Está aquí enterrada a nuestro lado. Le ha de haber llegado la humedad y estará removiéndose entre el sueño.

—¿Y quién es doña Susanita?

—La última esposa de Pedro Páramo. Unos dicen que estaba loca. Otros, que no. Lo cierto es que ya hablaba sola desde en vida.

—Debe haber muerto hace mucho.

—¡Uh, sí! Hace mucho. ¿Qué le oíste decir?

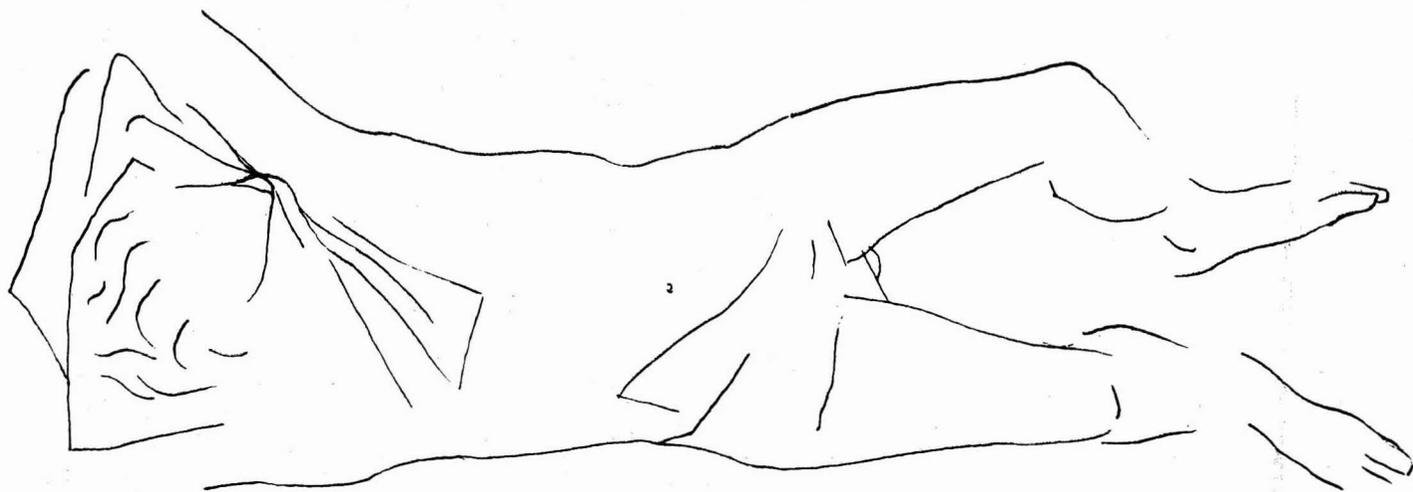
—Algo acerca de su madre.

—Pero si ella no tuvo madre. O al menos, no la trajo cuando vino. Pero espérate, ahora me acuerdo que ella nació

dejó cojo como ustedes ven. Y manco como ustedes ven. Pero no me mató. Dicen que hasta se me torció un ojo desde entonces. Lo cierto es que me volví más hombre. El cielo es grande.”

—¿Quién será?

sión, lo cierto es que echó fuera a la gente y se sentó en su equipal, cara al camino. Y la tierra se quedó baldía y como en ruinas. Daba pena ver aquella tierra llenándose de achaques con tanta breña y palo pinolillo que la invadió en



*Dibujos de Julio Vidrio*

aquí, y que ya de añejita desaparecieron. Y sí. Su madre murió de la tisis. Era una señora muy rara que no visitaba a nadie.

—Eso decía ella, que nadie había ido a ver a su madre cuando murió.

—Por el puro miedo de agarrar la tisis, por eso nadie se paró en su casa. Cuando vuelvas a oírlo, me avisas, me gustaría saber lo que dice.

—¿Oyes? parece que va a hablar de nuevo. Se oye una voz.

—No, no es ella. Eso viene de más lejos, de por este otro rumbo. Y es voz de hombre. Lo que pasa con estos muertos viejos es que en cuanto se humedecen comienzan a despertar.

“El cielo es grande. Y Dios estuvo conmigo esa noche. Porque fué ya de noche cuando reviví...”

—¿Lo oyes ya más claro?

—Sí.

“... Tenía sangre por todos lados. Y al levantarme chapotí con mis manos la sangre regada en las piedras. Y era mía. Montones de sangre. Pero no estaba muerto. Supe que Pedro Páramo no tenía intenciones de matarme. Sólo de darme un susto. Quería averiguar si yo había estado en Vilmayo dos meses antes. El día de San Cristóbal. En la boda. ¿En cuál boda? ¿En cuál San Cristóbal? Yo chapoteaba en mi sangre y le preguntaba: ¿En cuál boda, don Pedro? Me

—Sabrá Dios. Pedro Páramo causó tal mortandad después que le mataron a su padre, que se dice casi acabó con todos los asistentes a la boda en la que don Lucas Páramo la iba a hacer de padrino. Y eso que a don Lucas nomás le tocó de rebote, porque la cosa era contra el novio. Y como nunca se supo de dónde había salido la bala que le pegó a él, Pedro Páramo arrasó por parejo. Eso fué allá en el cerro de Vilmayo, donde antes estaban unos ranchos que ya desaparecieron... Mira, ahora sí parece ser ella. Tú que tienes los oídos más muchachos, pónle atención. Ya me contarás lo que diga.

—No se le entiende. Parece que no habla, sólo se queja.

—¿Y de qué se queja?

—No lo sé.

—Debe ser por algo. Nadie se queja por nada. Para bien la oreja.

—Se queja y nada más. Tal vez por lo que la hizo sufrir Pedro Páramo.

—No creas. El la quería. Yo creo que nunca quiso a ninguna mujer como a esa. Ya se la entregaron sufrida y quizá loca. Tan la quería, que se pasó el resto de sus años aplastado en un equipal, mirando el camino por donde se la habían llevado al camposanto. Perdió todo interés en todo. Desalojó las tierras y mandó quemar los enseres. Unos dicen que porque se sintió cansado, otros que por desilu-

cuanto la dejaron sola. De ese día para acá se consumió la gente; se desbandaron los hombres en busca de otros “bebederos”. Recuerdo veces en que Comala se llenó de “adioses” y hasta nos parecía cosa alegre salir a despedir a los que se iban. Y es que se iban con intenciones de volver. Dejaban sus cosas y su familia. Luego algunos mandaban por la familia aunque no por sus cosas y después parecieron olvidarse del pueblo y de nosotros. Yo me quedé porque no tenía a dónde ir. Otros se quedaron porque aguardaban que Pedro Páramo muriera, pues según decían les había prometido heredarles sus bienes, y con esa esperanza vivieron todavía algunos. Pero pasaron años y años y él seguía vivo, siempre allí, como un espantapájaros frente a las tierras de la Media Luna.

Ya cuando le faltaba poco para morir vinieron las guerras esas de los “cristeros” y la tropa echó rialada con los pocos hombres que quedaban. Fué cuando aquí cambiábamos huevos por tortillas y aún así no nos faltaba el hambre. Fué cuando yo comencé a morir de hambre y desde entonces nunca me volví a emparejar.

Y todo por los zaquizamis de don Pedro, por sus pleitos de alma. Nomás porque se le murió su mujer, la tal Susanita. Ya te has de imaginar si la quería.